

LIBRO VIGÉSIMO

EL GOLPE DE ESTADO DEL 2 DE DICIEMBRE

- SUMARIO: I.—La velada del 1.º de diciembre en el Elíseo. Último conciliábulo. Qué medidas son indispensables para el buen éxito del golpe de Estado.—Impresión de los decretos y proclamas.—Las detenciones. De qué modo arregló el Sr. de Maupás los menores detalles de las mismas. Actitud de los representantes detenidos. Incidentes varios.—Ocupación del palacio de la Asamblea; esta operación es confiada al coronel Espinasse; de qué manera se realiza.—El general Magnán. Las tropas del ejército de París son puestas sobre las armas.—El Sr. de Morny en el ministerio del Interior. Incidente extraño.
- II. (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los decretos de Luis Napoleón. Sus proclamas al ejército y al pueblo. Primera impresión; la aprobación es mayor que la censura; diversos motivos que explican esta especie de favor.—Todo el mundo se pregunta qué hará la Asamblea legislativa. Primeras reuniones en la calle Boursault y en la calle Blanche. Protesta firmada en casa de Odilón Barrot. Reunión en casa del Sr. Daru. De qué modo penetran algunos representantes en el palacio legislativo; son expulsados de él. El Sr. Dupin; su actitud.—La alcaldía del décimo distrito; por qué razón los representantes la eligen como punto de reunión; en ella se verifica la última sesión de la Asamblea legislativa. Influencia dominante de Berryer. Voto de varios decretos. Aspecto de la reunión.—Llegada de algunos agentes de la fuerza pública y de algunos soldados. Ordenes pedidas. El general Forey. La Asamblea es dispersada por la fuerza; los representantes son conducidos al cuartel del muelle de Orsay.—El Tribunal Supremo; de qué manera es disuelto.—La resistencia legal es impotente en todas partes.
- III. (*Extracto del texto de La Gorce*).—Vencida la resistencia legal, no queda más recurso que la insurrección.—Carácter general de las revoluciones en nuestro país. Situación ventajosa de Luis Napoleón; de qué manera sorprenden á sus adversarios, en vez de ser sorprendido por ellos. La prensa, la guardia nacional, el ejército; desaliento ó incertidumbre de las masas.—Conciliábulos de la izquierda en la jornada del 2 de diciembre; noticias desfavorables á la resistencia; creación de un *comité insurreccional*; cita para el día siguiente en el arrabal de San Antonio.—El 3 de diciembre: reunión en la sala Roysin en el arrabal de San Antonio; barricada levantada en la esquina de las calles de Cotte y de Santa Margarita; se presenta la tropa; tiros; muerte del representante Baudin.—Aspecto de la capital durante la jornada del 3 de diciembre. Sopor é indiferencia de los arrabales; vivísima sobreexcitación en los barrios del centro; agitación en los bulevares. Aislamiento en torno de Luis Napoleón; por la tarde vigorízase el espíritu de resistencia; llamamientos á las armas, grupos, barricadas del arrabal del Temple destruidas por el general Herbillion; por la noche, nuevas barricadas en la calle de Beaubourg; combate y represión sangrienta.—El comité de resistencia; sus reuniones sucesivas; sus esperanzas.
- IV.—Plan del general Magnán; manda que las tropas vuelvan á sus cuarteles, á reserva de aplastar la sedición si se reproduce al día siguiente.—El 4 de diciembre; se deja á la sedición en libertad de desarrollarse. Proclama del prefecto de policía. Aspecto de la capital: barricadas, rumores, grupos, noticias falsas.—Movimiento concéntrico de las divisiones Carrelet y Levasseur; la insurrección se desborda de todos lados en los barrios del centro: en la noche del 4, último combate en la calle de Montorgueil.—Los bulevares durante la jornada del 4 de diciembre; episodio sangriento.
- V.—Aspecto de la capital el día 5 de diciembre; se restablece la calma.—Muertos y heridos; ejército, población civil; de qué modo algunas listas poco concordantes engendran la incertidumbre.—Numerosas detenciones. Desaparición del comité de resistencia. Proclama del ministro de la Guerra y del presidente de la República.—Estado de la opinión. Primeros rumores de insurrección socialista en provincias; cómo se confirman estos rumores.

I

El lunes, 1.º de diciembre, era día de recepción en el Elíseo. La afluencia de concurrentes había aumentado con la buena suerte del príncipe, y una concurrencia brillante llenaba los salones del palacio; Luis Napoleón recibía á todos los que llegaban con tranquila afabilidad, en la que no se adivinaba la menor preocupación. En los grupos se hablaba del golpe de Estado, pero más bien menos que de costumbre, porque las inquietudes, cuando se prolongan, pierden su intensidad. Indicóse á varios coroneles que se retiraran temprano, con el pretexto de que sus regimientos pudieran acaso ser convocados para el día siguiente, y el presidente estuvo hablando algunos momentos aparte con el jefe de Estado mayor de la guardia nacional, M. Vieyra; pero aquella indicación y esta entrevista pasaron inadvertidas y nadie se acordó de ellas hasta después del acontecimiento. Representábase aquella noche en la Ópera Cómica una obra nueva, y el Sr. de Morny asistió á una

parte de la representación; en un palco cercano al suyo estaban Lamoricière y Cavaignac, y allí se vieron y tal vez se hablaron aquellos tres antiguos combatientes de Africa que al día siguiente habían de ser enemigos irreconciliables.

A las once, cuando los salones comenzaban á desocuparse, Luis Napoleón se retiró á su despacho, en donde le esperaban sus confidentes. Allí estaban reunidos Saint-Arnaud, ministro de la Guerra, el Sr. de Morny, designado para el ministerio del Interior, y el Sr. de Maupás, prefecto de policía, asistiendo también á aquel supremo conciliábulo los Sres. Mocquard y Persigny. El presidente leyó los documentos que de antemano había preparado y que eran un decreto de disolución de la Asamblea y dos proclamas dirigidas al pueblo una y otra al ejército; Saint-Arnaud y el Sr. de Maupás dieron cuenta de los preparativos que entre ellos habían concertado, y todos se animaron mutuamente contra cualquier desfallecimiento. Luis Napoleón, sacando de un cajón sesenta mil francos que le quedaban, ofreció la mitad al

ministro de la Guerra, á la manera que se dispone de los últimos recursos en vísperas de una aventura en la que se juega el todo por el todo, y Saint-Arnaud aceptó una parte de aquella cantidad para las gratificaciones del día siguiente (1). Después, los actores del drama que se aproximaba se separaron para no volver á juntarse sino como triunfadores ó como acusados.

La ejecución del golpe de Estado requería cinco clases de medidas: en primer término, era preciso imprimir las proclamas ó decretos á fin de que estos documentos, pegados en las calles desde el amanecer, notificaran á los parisienses, cuando se despertaran, la revolución llevada á cabo; en segundo lugar, era menester detener á primera hora á los representantes á quienes se juzgaba más temibles por su dominio sobre el pueblo ó por su prestigio entre los soldados; en tercero, era esencial apoderarse del Palacio de Borbón, residencia de la Asamblea; además importaba poner en pie de guerra, desde el alba, una fuerza militar imponente, capaz de infundir valor á los indecisos, de intimidar á los mal dispuestos y de contener á los hostiles; y finalmente, había entre los ministerios uno que convenía ocupar sin tardanza, y era el del Interior, es decir, el que dispone del telégrafo, el que se comunica con los departamentos y el que en los países centralizados como el nuestro transmite á las provincias un santo y seña casi siempre obedecido.

A estas múltiples atenciones consagraron los compañeros de Luis Bonaparte las horas de la noche.

A media noche, el coronel de Beville, edecán del príncipe, recibió el encargo de llevar á la Imprenta Nacional las proclamas y los decretos redactados en el Elíseo: el director de aquel establecimiento era el Sr. de Saint-Georges, con quien podía contarse; además se había hecho velar á un cierto número de obreros en previsión de un trabajo urgente, y como esas labores suplementarias eran muy frecuentes, aquella circunstancia no había despertado sospecha alguna. En el momento en que el coronel de Beville entraba en la Imprenta Nacional, llegaba allí una compañía de gendarmería móvil, de cuyos individuos unos tomaron posiciones fuera y otros penetraron en el interior ocupando todas las puertas y ventanas á fin de impedir toda comunicación con el exterior. Una vez adoptadas todas estas precauciones, entregóse á los cajistas el original, que para mayor seguridad les fué distribuido en fragmentos á fin de que no supieran de qué se trataba. Los obreros, de tal suerte vigilados, empezaron á componer, quedando terminado el trabajo á las dos horas, sin que se cometiera ninguna indiscreción. Cierta que algunos trasnochadores que pasaban por la calle Vieille-du-Temple observaron con extrañeza que en la imprenta había luz y que varios piquetes de soldados guardaban el edificio; pero no adivinaron nada ó si sospecharon algo, no avisaron á nadie. Los carteles impresos fueron llevados á la prefectura de policía y desde el amanecer los fijaron profusamente en las paredes grupos de carteleros protegidos y escoltados por guardias municipales.

La fijación de las proclamas no había de ser el cuidado principal del prefecto de policía; otra misión más peligrosa y más urgente le incumbía, cual era la de las

detenciones que había de llevar á cabo: el éxito del golpe de Estado dependía en gran parte de su celeridad.

El Sr. de Maupás, comprendiendo que aquella operación sería el acto decisivo de su carrera, habíase dedicado, desde hacía un mes, á estudiar los menores detalles de la empresa, esforzándose por conocer el espíritu de sus subordinados y sondeando las disposiciones de los comisarios. Como el coronel de la guardia municipal estaba unido á Changarnier por lazos de afecto ó de gratitud, guardóse muy bien de darle á entender nada y únicamente se había reservado el requerir directamente en el momento de la acción el concurso de algunos de los capitanes más seguros y más fieles. Para que no llamase la atención una reunión numerosa de agentes, habíase propalado hábilmente el rumor de que se temía la llegada á París de Ledru-Rollín, Caussidiere y otros refugiados en Londres, pretexto que había sido ya varias veces utilizado para poner en movimiento á la policía. Cercano el 1.º de diciembre, propalóse el rumor con mayor insistencia, de manera que pudo darse la orden de que estuvieran preparados ochocientos guardias municipales sin que nadie se extrañase de ello.

Dispuestos todos estos preparativos, el Sr. de Maupás, á las dos de la madrugada del 2 de diciembre, llamó á su domicilio á los comisarios que había escogido, no sin tomar antes las medidas oportunas para que, al llegar éstos á la prefectura, fuesen aislados. Desde las tres hasta las cuatro, el prefecto habló separadamente con cada uno de ellos, recibiendo cada cual las instrucciones convenientes para la detención que se le encomendaba; todos se mostraron conformes excepto uno, que fué puesto en lugar seguro, por temor á su indiscreción (2). Los representantes que habían de ser detenidos eran diez y seis: los generales Bedeau, Changarnier y Lamoricière, el general Cavaignac, el general Lefló, valientes militares cuya influencia sobre el ejército se temía; Thiers, temido por su ingenio fecundo en recursos; su amigo Roger du Nord; el Sr. Baze, uno de los cuestores, que se distinguía por su animosidad contra el príncipe, y siete miembros de la Montaña, Cholot, Valentín, Greppo, Nadaud, Miot, Baune y Lagrange. Los mandamientos de prisión habían sido extendidos por complot contra la seguridad del Estado. Además de estos diez y seis representantes, habíase dado orden de arrestar á sesenta y dos jefes de la demagogia, combatientes de las barricadas, periodistas y miembros de sociedades secretas.

El mayor éxito coronó aquella expedición nocturna: á las seis y media todo estaba terminado. De los representantes detenidos, unos, como Lamoricière, intentaron resistirse, ganar tiempo, esperar á que fuese de día; otros, como Cavaignac, permanecieron casi impasibles, y algunos, como Roger du Nord, fingieron indiferencia y casi burla. Si hemos de dar crédito á los partes de la policía, un tanto sospechosos, Thiers, en la sorpresa del primer momento, mostró cierta debilidad. Bedeau, que hacía días observaba que un espía seguía sus pasos (3), se manifestó poco sorprendido, aunque trató de resistir; lo propio sucedió con Changarnier, el cual dijo: «Esperaba el golpe de Estado y ya está aquí;»

(2) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 309, nota.

(3) Schœlcher, *Les Crimes du 2 décembre*, tomo I, pág. 49 (edición de Bruselas).

(1) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 301.

dejando luego, sin pronunciar más palabras, que los agentes se lo llevaran preso (1).

Hacia las siete, las puertas de la cárcel de Mazás se abrieron para recibir á los detenidos, y como se abrigan el temor de que el director del establecimiento demostrara debilidad ó celo intemperante, se le habían puesto dos comisarios extraordinarios. Los prisioneros llegaron con pocos minutos de intervalo: el primero en llegar fué el coronel Charras, nervioso é irritado; luego Lamoricière, vestido de paisano y muy abatido; poco después el representante Miot, que se desató en amenazadoras palabras, y el representante Valentín, que con cierta ostentación flemática púsose á leer un periódico mientras extendían el registro de entrada (2). Algunos no habían renunciado á la esperanza de despertar las conciencias dormidas: «He aquí unos valientes soldados, exclamaba Bedeau apostrofando en el patio á un pelotón de guardias republicanos, que deben estar altamente asombrados de ver que sus generales son conducidos á este sitio como ladrones (3).» Otros, al encontrarse reunidos en la sala común de la escribanía, no podían resistir al deseo de cambiar sus impresiones. «¿Cómo nos trata Bonaparte!, decía Changarnier á Cavaignac; y hace mal porque seguramente habría sido reelegido en mayo próximo, al paso que ahora... (4).» Changarnier no terminó la frase, pero aquella reticencia revelaba perfectamente el persistente optimismo de su carácter vanidoso: no podía concebir que el presidente, separado de la Asamblea, de sus compañeros de armas y sobre todo de él, pudiera conservar el favor de la opinión.

Poco antes de que se verificaran las detenciones, habíase llevado á cabo una operación no menos importante, la ocupación del palacio de la Asamblea.

Saint-Arnaud y el Sr. de Maupás habían visitado varias veces durante la noche los alrededores del Palacio Borbón, del mismo modo que se reconoce una plaza que se quiere conquistar por sorpresa. Todos los días, al anochecer, cerrábanse las puertas del edificio y un batallón de infantería ocupaba los patios interiores del mismo; y el respeto á la consigna, aparte de otras consideraciones, imponía á los soldados el deber de no entregar el puesto que les era confiado. Sin embargo, la complicidad de un jefe militar permitió vencer estos obstáculos: el día 1.º de diciembre correspondía por turno la protección de la representación nacional al regimiento 42.º de línea, cuyo coronel, Sr. Espinasse, era muy afecto al príncipe, que recientemente le había nombrado coronel, y no menos afecto á Saint-Arnaud, con quien acababa de hacer la campaña de Kabília; además, gracias á su antigua amistad con el general Lefló, uno de los cuestores, había visitado detenidamente el Palacio Borbón y conocía todas sus salidas. El día 2 de diciembre, á las tres y media de la madrugada, Espinasse recibió del ministro de la Guerra la confianza de lo que de él se esperaba, y en vez de asombrarse, agradeció tal favor (5); y habiendo observado que una de las verjas del palacio, cerrada durante toda la noche, se abría á las cinco para las necesidades de los servidores del palacio, á di-

(1) Actas de policía.

(2) Partes de policía.

(3) Schoelcher, *Les Crimes du 2 décembre*, tomo I, pág. 53.

(4) Partes de policía.

(5) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 329.

cha hora penetró por aquella entrada, reunió su batallón y bajo su responsabilidad retiró la consigna; poco después llegaron los otros dos batallones del regimiento, que ocuparon todos los puestos. Habitaban en el palacio legislativo, por su cualidad de cuestores, los Sres. Baze y general Lefló, representantes cuya detención había sido acordada; á las seis dos comisarios de policía penetraron en su domicilio y, protegidos por la tropa, se apoderaron de ellos. Lefló, al llegar al final de la escalera, reconoció á Espinasse y le echó en cara, en términos amargos, su traición; habíase vestido de uniforme y trató de arengar á los soldados; pero sus protestas fueron acogidas con un silencio glacial. El y Baze fueron á juntarse en Mazás con sus colegas como ellos detenidos. Quedaba un tercer cuestor, el Sr. de Panat; pero á éste se le dejó libre, no porque se creyera en su adhesión, sino porque se le consideraba menos exaltado y también por no multiplicar los rigores. En el entretanto, el Sr. Dupin dormía tranquilamente en el palacio de la presidencia; contra él nada se hizo, y esta prudencia no fué una de las menores habilidades del golpe de Estado: no podía desearse al frente de la representación nacional un personaje más propio para descorazonar y debilitar la resistencia.

Al despuntar el día quedaban hechas las detenciones y guardado el Palacio Borbón, y los carteleros recorrían las calles; para que el programa fuese completo no faltaba más que ocupar militarmente la capital y tomar posesión del ministerio del Interior.

Ya se recordará que el general Magnán había pedido que no le dieran noticia del golpe de Estado hasta el momento en que éste se llevara á cabo; habiéndole avisado Saint-Arnaud, durante la noche, que había sonado la hora de la acción, tomó inmediatamente sus disposiciones, y al despuntar el día, los regimientos del ejército de París estaban sobre las armas, unos en sus cuarteles, apercebidos á ponerse en marcha á la primera señal, y otros en los puntos estratégicos cuya ocupación era urgente. Al mismo tiempo, transmitíase á las guarniciones de Versalles y de Saint-Germain la orden de que se dirigieran á París: el regimiento acuartelado en Saint-Germain llegó á las nueve y la división de caballería de línea de Versalles al mediodía.

La toma de posesión del ministerio del Interior fué el último episodio, y no el menos singular, de aquella famosa noche. El ministro era el Sr. de Thorigny, personaje leal al príncipe, pero en quien no se tenía una confianza bastante absoluta para una empresa tan decisiva. El día 2 de diciembre, á las seis y media, dormía tranquilamente como todo el mundo, cuando se despertó sobresaltado al oír el ruido de armas y los pasos de soldados del batallón que, según las instrucciones circuladas, entraba en el patio de su palacio. Intrigado en extremo, telegrafió al prefecto de policía preguntándole la causa de aquel alarde de fuerza inusitado: «El Sr. de Morny os lo dirá», respondió aquél (6); y habiendo en el entretanto llegado el Sr. de Morny, entrególe éste una carta en que Luis Napoleón le daba las gracias, en términos afectuosos, por sus servicios, y se instaló inmediatamente en el puesto de su predecesor. el Sr. de Thorigny, en cuanto volvió de su sorpresa, mostróse ofendido, según se dijo,

(6) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 340.

no de la violación de las leyes, sino de la poca confianza que se había tenido en él. A todo esto, el Sr. de Morny, haciendo funcionar el telégrafo, anunciaba á Francia la audaz revolución que acababa de darle un amo.

II

Los parisienses se levantan tarde, sobre todo en el mes de diciembre. Todo aquel golpe de mano se había llevado á efecto sin despertar á la gran ciudad dormida. Ya eran cerca de las siete y media cuando los obreros ó los empleados que iban á su trabajo se detuvieron con curiosidad delante de los carteles todavía húmedos que la policía acababa de pegar en las esquinas.

El primero de dichos carteles era un decreto así concebido:

«EN NOMBRE DEL PUEBLO FRANCÉS

»El Presidente de la República

»Decreta:

»ARTÍCULO PRIMERO. La Asamblea nacional es disuelta.

»ART. 2.º El sufragio universal es restablecido. La ley de 31 de mayo es abrogada.

»ART. 3.º El pueblo francés es convocado en sus comicios á partir del 14 de diciembre hasta el 21 de diciembre siguiente.

»ART. 4.º El estado de sitio es decretado en toda la extensión de la 1.ª división militar.

»ART. 5.º El Consejo de Estado es disuelto.

»ART. 6.º El ministro del Interior es el encargado de la ejecución del presente decreto.

»Hecho en el palacio del Eliseo, á 2 de diciembre de 1851.

»LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE.

»El ministro del Interior,

»DE MORNÝ.

Acompañaban este decreto dos manifiestos, uno al pueblo y otro al ejército. El manifiesto al pueblo empezaba con una violenta diatriba contra la Asamblea, «convertida en un foco de complots,» y contra los hombres que, después de haber perdido dos monarquías, querían derribar á la República. «Mi deber, continuaba el príncipe, está en desbaratar tan pérfidos proyectos, en sostener la República y salvar al país invocando el juicio solemne del único soberano que reconozco en Francia, el pueblo.» Luis Napoleón anunciaba una especie de consulado decenal, instituciones calcadas en las del año VIII, un senado, un consejo de Estado y un cuerpo legislativo. Sin embargo, todo estaba subordinado al voto de la nación: «Si no obtengo la mayoría de vuestros sufragios, provocaré la reunión de una nueva Asamblea y le entregaré el mandato que de vosotros he recibido... Pero si creéis que la causa que tiene á mi nombre por símbolo, ó sea la Francia regenerada por la revolución de 1789 y organizada por el Emperador, sigue siendo vuestra causa, proclamadlo al consagrar mis poderes.» En su manifiesto al ejército, el presidente procuraba destruir los escrúpulos de legalidad. «Cuento con vosotros, decía, no para violar la ley, sino para

hacer respetar la primera ley del país, la soberanía nacional.» Evocaba los recuerdos de las precedentes revoluciones: «En 1830 y 1848 se os trató como á vencidos: hoy quiero que el ejército haga oír su voz.» Concluía con una alusión á los triunfos y reveses del Imperio: «Soldados, estamos unidos por lazos indisolubles. Vuestra historia es la mía. Hay entre nosotros, en el pasado, comunidad de glorias y de desgracias: habrá en el porvenir comunidad de sentimientos y de resoluciones para la tranquilidad y la grandeza de Francia.»

En seguida se formaron numerosos grupos en torno de los cuarteles. La aprobación, sobre todo al principio, fué más viva que la censura. Cuando los pueblos han perdido el culto de sus tradiciones, los golpes de la fuerza afortunada no les disgustan. Como necesitan un amparo y han destruido el que los siglos les prepararan, aceptan un amo, venga de donde viniere, y con tal de que se salve el presente, no miran más allá. Les cuesta poco trabajo doblar la cerviz al yugo de un despotismo que asegura sus intereses, y si la servidumbre se presenta bajo algunos de los reflejos de la gloria ó algunas de las apariencias de la libertad, ven sus deseos casi cumplidos. Esta causa general explica la mezcla de indiferencia y de favor con que fué acogida la primera revelación de las usurpaciones del príncipe. Otros motivos contribuían á acentuar la misma impresión. Hacía tiempo que la Asamblea estaba desacreditada entre las masas, y el golpe que recibía semejaba un justo castigo por sus divisiones y sus faltas. La empresa misma tenía un carácter de osadía, de arrojo y de astucia que gustaba. «¡Buen golpe! Ha hecho bien,» murmuraban los obreros mezclados con los grupos (1). Como se supieron desde luego las prisiones de Thiers, de Changarnier y de Bedeau, es decir, de los jefes de la derecha, los demócratas no fueron los últimos en maravillarse de un plan tan bien concertado. Además, el tono de los manifiestos estaba hábilmente dispuesto: se ponía de relieve todo lo que tenía una apariencia popular, y el resto se hallaba envuelto en una obscuridad calculada. Quedaba abrogada la ley de 31 de mayo, restablecido el sufragio universal y mantenida la República. Así hablaba Luis Bonaparte. Para mejor confiscar las libertades públicas, fingía garantizarlas ó restituirlas. ¿Es, pues, extraño que los republicanos más faltos de experiencia experimentaran alguna incertidumbre, no sabiendo si eran vencedores ó vencidos, si debían alegrarse ó afligirse?

En medio de aquellas impresiones confusas, dominaba un sentimiento de curiosidad. ¿Qué haría la Representación nacional violentamente disuelta? ¿No procuraría reunir sus elementos mutilados? ¿No se entablaba la lucha? Y si se entablaba, ¿cuál sería el resultado de aquel duelo previsto y anunciado desde hacía tanto tiempo?

Algunos representantes se enteraron muy temprano de las prisiones operadas; los movimientos insólitos de las tropas y, poco después, la lectura de los manifiestos acabaron de ponerlos al corriente de lo que sucedía. Corrieron á comunicar las noticias á sus colegas más vecinos, con los cuales trataron de ponerse de acuerdo sobre la conducta que les convenía seguir. Varios dipu-

(1) Partes de policía.

tados de la Montaña se reunieron en casa de Pedro Lefranc, calle Blanche, y de allí se trasladaron a casa de Iván, calle de Boursault (1), donde se encontraban Víctor Hugo, Bac y Michel de Bourges. León Faucher fué advertido por varios representantes de la izquierda que, abjurando sus antiguas rivalidades, le propusieron la unión. Encontráronle tranquilo y engolfado en estudios de economía política. A la noticia del atentado, mostró tanta indignación como pesadumbre: había sido testigo, casi garante del presidente, y su tristeza aumentaba con sus decepciones (2). Los hombres designados por su autoridad para tomar la iniciativa de las resoluciones eran objeto de visitas y consultas. La afluencia fué sobre todo grande en casa de Odilón Barrot, calle de la Ferme. Redactóse allí una protesta, que firmaron todos los concurrentes, incluso los que, pocos días después, habían de adherirse aparatosamente a la política presidencial. Apenas puestas las últimas firmas, llegó un destacamento de infantería que obligó a los manifestantes a dispersarse (3).

Los representantes pasaron a la izquierda del Sena é, instintivamente, se acercaron al Palacio Borbón. Cerca de las diez, un centenar de diputados pertenecientes casi todos a la derecha, se reunieron en casa de Daru, calle de Lilla. Otros lograron penetrar en el palacio legislativo por una portezuela que daba a la calle de Borgoña y que nadie se había cuidado de guardar. Reuniéronse en el salón de conferencias, en número de cuarenta, según unos, y de sesenta a ochenta, según otros. Señalada su presencia, un jefe de batallón de gendarmería, llamado Saucerotte, corrió a intimarles que evacuasen el palacio. Aquella intimación, en vez de abatir el espíritu de resistencia, lo excitó. «¡Vamos al salón de sesiones!» exclamaron los representantes con voz unánime. Y penetrando en el recinto, ocuparon los bancos más próximos a la tribuna. El comandante Saucerotte volvió, acompañado esta vez de un destacamento de gendarmería. Como renovase las intimaciones, las protestas estallaron con extrema vehemencia. El señor Monet leyó en alta voz el artículo 68 de la Constitución: «¡Comandante!, añadió; ¡os hacéis cómplice de un crimen de traición!» El oficial no conocía más que su consigna. Los gendarmes rodearon a los representantes y les hicieron salir, empujando por la espalda a los que resistían. Los diputados expulsados habían llegado al salón de Casimiro Périer. No se escatimaban los apóstrofes a los soldados: el general Leydet y el Sr. de Audigné de la Châsse interpeaban sobre todo vivamente al jefe de la tropa. En aquel momento apareció revestido de su fajín el Sr. Dupin, que habían ido a buscar. Todo lo que hasta entonces se había podido obtener de su celo era la convocatoria inmediata de todos los miembros de la Asamblea. Una vez en medio de sus colegas, se dirigió al comandante: «Yo represento el derecho, dijo, y vos representáis la fuerza; no puedo menos de protestar y protesto enérgicamente.» Limitóse a esta arenga, muy sensata, pero algo breve para la majestad de tan alto cargo, y desapareció. Los representantes fueron arrojados del palacio. Los más resueltos fueron

(1) Pedro Lefranc, *Le coup d'Etat*, págs. 158 y 159.

(2) *Biographie et correspondance de Léon Faucher*, tomo I, página 143.

(3) Barrot, *Mémoires*, tomo IV, pág. 222.

al hotel de la presidencia y formularon una protesta que fué archivada. Mientras tanto, la reunión Daru era disuelta por la fuerza pública. Un nuevo esfuerzo para penetrar en el palacio legislativo por la puerta principal fué infructuoso. Algunos diputados fueron brutalmente rechazados, amenazados con las bayonetas, maltratados y presos (4).

Serían las diez y media. La derrota del Parlamento era completa. Todos los conciliábulos habían sido disueltos. Sin embargo, los diputados no querían abandonar sus esperanzas. Encontraron al fin un sitio en que pudieron celebrar un simulacro de sesión, hacerse la ilusión del poder perdido, formular decretos y legislar por última vez: era el último favor de la fortuna que iba a abandonarlos completamente.

Cerca de las cuatro esquinas de la Croix-Rouge y casi al extremo de la calle de Grenelle, se alzaba un vasto edificio hoy destruído. Era la alcaldía del décimo distrito. Mandaba la guardia nacional de aquellos barrios el general Lauristón, diputado de la derecha, adicto a la causa del Parlamento. El espíritu público, en el aristocrático barrio de San Germán, era favorable al orden, pero al orden legal. La alcaldía no estaba muy lejos del Palacio Borbón y había probabilidades de llegar a ella sin ser detenidos por la tropa. Allí resolvieron buscar un asilo los representantes arrojados de casa de Daru y del palacio legislativo. La verdad es que no había en la capital otro punto menos propicio para fomentar en él una insurrección. Pero esta circunstancia no desagradaba a los manifestantes: la mayor parte de éstos pertenecían al partido monárquico; querían la resistencia en nombre del derecho y no el llamamiento a las armas: escrúpulo muy natural, que en aquel momento crítico constituía a la vez su honor y su debilidad.

Los diputados, divididos en pequeños grupos, se encaminaron a pie hacia el punto de reunión que habían elegido. Las anchas vías del barrio de San Germán estaban tranquilas como de costumbre, y hubiérase dicho que en algunos puntos no se tenía aún noticia del golpe de Estado. Pasada la calle del Bac, notóse mayor animación. En las calles que desembocan en la Croix-Rouge se habían formado grupos: acá y acullá aparecían algunos guardias nacionales de uniforme. Serían las once cuando los representantes llegaron a la alcaldía. Resonaron algunos gritos de «¡viva la Asamblea nacional!» último testimonio de una popularidad desvanecida desde hacía mucho tiempo. En el primer piso del edificio había un vasto salón rectangular, largo y estrecho: instaláronse allí dos mesas y unos cuantos bancos. Los señores Benoist-d'Azy y Vitet, vicepresidente, y los señores Chapot, Grimault y Mulin, secretarios de la Asamblea, ocuparon la mesa presidencial. La reunión contaba doscientos cincuenta miembros, la mayor parte de los cuales eran realistas, acompañados de algunos republicanos. Casi todos estaban en pie ó encaramados en los bancos. Con los miembros de la Asamblea se habían mezclado varios particulares. Se les quería hacer salir, pero el Sr. Piscatory exclamó: «Dejadlos; figurarán las tribunas.» Después de lo cual se abrió la sesión.

(4) Relaciones hechas por el representante Favreau y por el representante Monet en la sesión de la alcaldía del décimo distrito. Relación manuscrita por el Sr. Du Costlosquet, representante del departamento del Mosela.

Aunque no estaba sentado a la mesa, Berryer fué el verdadero presidente de aquella reunión suprema. Tenía el prestigio del carácter, la plenitud de la voz, la autoridad del ademán: era tribuno en el grado que puede serlo un hombre de orden, y el derecho violado se personificaba bien en él. A los que quieren redactar un mensaje, una proclama, una protesta, les dice: «Eso no basta; es preciso que procedamos como una Asamblea libre en virtud de la Constitución.» Como muchos re-

objeto al querer entrar en el Palacio Borbón. El nombre de Dupin es pronunciado con desdén, casi con desprecio. Los antiguos consejeros ó ministros de Luis Napoleón no se cansan de repetir sus presentimientos de cada día. Los miembros de la izquierda y de la derecha se buscan, se estrechan la mano, prometen sepultar sus divisiones en el olvido. En medio de aquella confusión resuena a intervalos la voz de Berryer imponiendo silencio, dictando resoluciones, procurando in-



Arresto de los diputados en la alcaldía del décimo distrito

presentantes pidiesen la palabra, Berryer contestó: «Dejemos a un lado todos los incidentes; quizá no dispongamos siquiera de un cuarto de hora.» Y propone en seguida el siguiente decreto: «La Asamblea nacional decreta que Luis Napoleón Bonaparte queda destituido de la presidencia de la República y que, por tanto, el poder ejecutivo pasa de pleno derecho a la representación nacional.» El decreto es saludado por unánimes aplausos. A propuesta de Bauchart, todos los representantes lo firman, y Bixio sale para hacerlo imprimir. Bajo la influencia de Berryer, las disposiciones se suceden. Un decreto requiere a la 10.^a legión; otro ordena a todos los directores de las cárceles que pongan en libertad a los representantes presos; un tercer decreto prescribe al alcalde del décimo distrito que despeje las inmediaciones del salón de sesiones. Todas estas medidas son votadas en medio del tumulto, de la emoción, de las interpeaciones que se cruzan. Trátase nuevamente de hacer salir a los asistentes que no pertenecen a la Asamblea. «¡Cómo!, exclamó uno de ellos, ¿queréis expulsarnos cuando quizá dentro de una hora nos haremos matar por vosotros?» Los diputados hablan entre sí. Dahirel y Favreau refieren las violencias de que fueron

presentantes pidiesen la palabra, Berryer contestó: «Dejemos a un lado todos los incidentes; quizá no dispongamos siquiera de un cuarto de hora.» Y propone en seguida el siguiente decreto: «La Asamblea nacional decreta que Luis Napoleón Bonaparte queda destituido de la presidencia de la República y que, por tanto, el poder ejecutivo pasa de pleno derecho a la representación nacional.» El decreto es saludado por unánimes aplausos. A propuesta de Bauchart, todos los representantes lo firman, y Bixio sale para hacerlo imprimir. Bajo la influencia de Berryer, las disposiciones se suceden. Un decreto requiere a la 10.^a legión; otro ordena a todos los directores de las cárceles que pongan en libertad a los representantes presos; un tercer decreto prescribe al alcalde del décimo distrito que despeje las inmediaciones del salón de sesiones. Todas estas medidas son votadas en medio del tumulto, de la emoción, de las interpeaciones que se cruzan. Trátase nuevamente de hacer salir a los asistentes que no pertenecen a la Asamblea. «¡Cómo!, exclamó uno de ellos, ¿queréis expulsarnos cuando quizá dentro de una hora nos haremos matar por vosotros?» Los diputados hablan entre sí. Dahirel y Favreau refieren las violencias de que fueron

roducir alguna unidad de acción entre la confusión general y velando con la majestad de su actitud lo inútil y desesperado de aquella defensa suprema. Así deliberaban, cuando entró en el salón un representante gritando: «Llega la fuerza pública; démonos prisa.» Pronto se vieron brillar las bayonetas en el patio y se oyeron luego los pasos de los soldados en la escalera. Vitet les salió al encuentro: diez ó doce cazadores de Vincennes se detuvieron en el descanso de la escalera; les mandaba un sargento; momentos después llegó un jefe de batallón. «Estamos aquí en virtud de la Constitución, dijo Vitet; os mandamos que os retiréis.—Tengo órdenes, replicó el oficial.—¿Conocéis el artículo 68 de la Constitución?—El artículo 68 no está hecho para mí...» El comandante se retiró como para ir a tomar nuevas órdenes. Eran las doce y media.

Aquel incidente aviva las iras. Los decretos se suceden. Acuérdase remitir el decreto de destitución al presidente del Tribunal supremo. Confíase el mando del ejército de París al general Oudinot; y como este nombre, á causa de los recuerdos de la expedición de Roma, ha despertado en la izquierda algunos rencores mal extinguidos, el general se acerca a uno de los miembros